

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XIII JORNADAS

VOLUMEN 9 (2003), Nº9

Víctor Rodríguez

Luis Salvatico

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



Representación en psicoanálisis

Leticia O. Minhot*

1. Introducción

La representación interna o subjetiva es aquella que el individuo constituye dentro de sí mismo. Lo representado puede ser tanto lo que viene del mundo externo como lo que viene del interior del individuo. En este trabajo nos centraremos en la representación subjetiva de lo endógeno según el psicoanálisis freudiano de la primera tópica. Intentaremos defender las tesis:

1. La representación de lo endógeno no puede ser concebida especularmente, tiene carácter subrogatorio.
2. La representación del mundo externo y la representación de lo endógeno están al servicio de diferentes principios.

Si entendemos la construcción de relaciones espacio-temporales como construcción de órdenes que determinan procesos de síntesis, podemos considerar los tres modelos del aparato psíquico que Freud construye a lo largo de su obra como la construcción de tres órdenes diferentes, entendidos éstos a la manera leibniziana del espacio como posibilidad de coexistencia (Cassirer, 1923: 87-89). Una diferencia importante entre la primera construcción que Freud ofrece del aparato psíquico y las restantes la marca la mención de la aespacialidad y atemporalidad de las últimas. Esto nos lleva a pensar que Freud no considera al espacio y al tiempo ni como intuiciones ni como entidades físicas reales, sino como órdenes en función de los cuales se arreglan los procesos psíquicos. De este modo, cada uno de los modelos de aparatos psíquicos constituye órdenes espacio-temporales diferentes los cuales establecen la relación representante-representado de formas diferentes.

2. Órdenes espacio-temporales de lo psíquico

Freud en *Lo inconciente* afirma que el sistema inconciente no está ordenado de acuerdo al tiempo (1915b, XIV: 184).¹ Si bien la atemporalidad ya había sido mencionada en otros escritos, es en este trabajo que aparece de forma tan explícita. La aespacialidad ya había sido anunciada en *La interpretación de los sueños* donde afirma que no es necesario el supuesto de un orden espacial de los sistemas psíquicos (1900, V: 529-530). Tenemos así un aparato psíquico que no está ordenado ni según el tiempo ni según el espacio. Si entendemos éstos no como entidades reales sino como órdenes según los cuales los objetos se relacionan entre sí y entendiendo que existen diferentes órdenes posibles, (Ibarra y Mormann, 1997: 171-176; Ibarra y Mormann, 2000) podemos concluir que la aespacialidad y la atemporalidad que Freud está declarando no es absoluta sino relativa a un orden específico, concretamente a un orden euclídeo. Esto se opone francamente a la naturaleza de lo psi-

* Universidad Nacional de Córdoba.

quico que propone en el *Proyecto de psicología* en donde es reconocida la naturaleza temporal del movimiento excitatorio endógeno, la cual es atribuida al modo en que la mecánica de los físicos ha atribuido esta característica temporal también a los otros movimientos de masas del mundo exterior (Freud, 1950 [1985], I: 354). En esta obra la naturaleza espacial está dada por la localidad anatómica del aparato psíquico.

Lo que nos ocupa aquí es cuando lo representado es lo endógeno de orden corporal, esto es, las necesidades que provienen del interior del cuerpo. En *Pulsiones y destinos de pulsión* la pulsión es definida como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo (Freud, 1915, XIV: 117). La pulsión se desplaza en un orden diferente del orgánico y tiene un destino propio independiente de la fuente somática cuyo estímulo está representando. Más adelante, en *Lo inconciente*, la pulsión es como un *noumeno* al que sólo accedemos cuando se adhiere a una representación y sale a luz como un estado afectivo. En este sentido la pulsión no es psíquica, sólo las representaciones que la representan y los afectos lo son, siendo las primeras las únicas que pueden ser inconcientes. En *La represión* pareciera que lo que representa a la pulsión no es la representación sino el monto de afecto (Freud, 1915a, XIV: 147). Las representaciones son investiduras libidinales de huellas mnémicas, o representaciones investidas desde la pulsión con un monto de energía psíquica.

En la primera construcción freudiana presentada en el *Proyecto de psicología* el dualismo cartesiano original es sobrepasado al mantener la primacía del materialismo, aún para la mente. No solamente la mente es pensada como formada por, y comparada con, hechos externos en el mundo físico, sino que también se piensa que deriva de un sustrato material finito: el sistema neuronal. En *La interpretación de los sueños* no hay una primacía de lo físico sobre lo psíquico, ambos son realidades diferentes e independientes, el orden euclídeo es abandonado para lo psíquico, si bien se conserva para el mundo externo y el orgánico. El orden en el que se desplazan las pulsiones o sus representantes (las representaciones) es no euclídeo.

3. La representación de lo endógeno

Sea la pulsión la representación psíquica de un estímulo orgánico o sean las representaciones los representantes de la pulsión, en ningún caso la relación representación-representado es de simple denotación. El propósito que Freud tiene en mente cuando construye el andamiaje de *La interpretación de los sueños* es el de conseguir una explicación mecánica sólo en términos psicológicos sin apelar para nada a términos neurológicos. Esto significa que la explicación será a través de procesos de descarga de energía psíquica, las representaciones importan en función de estos procesos y no en función de sus referentes. Lo significativo surge de la relación dialéctica entre el orden espacio-temporal y la red de representaciones que en él se da. Esta tónica permitió articular los conceptos de conciente e inconciente. Ellos adquieren aquí el carácter de sistemas con sus propias funciones y son considerados fundamentales en tal estructura. Concibe un primer sistema como uno que solamente recibe, percibe, no conserva, y se encuentra seguido por uno que cambia las percepciones recibidas en huellas mnémicas. La excitación que se originó en el sistema percepción pasó a los sistemas memoria y es fijada por éstos últimos de modo diferente, produciendo asocia-

ciones diferentes a medida que se alejan del sistema que la recibiera. La memoria se organiza en dos sistemas diferenciados: uno llamado de preconciente, y otro ubicado detrás, que llamamos inconciente. El último sólo llega a la conciencia por medio del preconciente el cual los enlaza con los signos de lenguaje: el sistema inconciente sólo contiene representaciones cosas y el preconciente representaciones cosas enlazadas con representaciones palabras.

La conciencia percibe el mundo externo a través de los estímulos sensibles que aquel envía, el interior a través de las cualidades placer y displacer. El displacer es la percepción de un acumulo de excitación y la descarga es identificada como placentera.

Los estímulos endógenos, que Freud llamó *el apremio de la vida*, presentan exigencias que cesan bajo condiciones que se deben dar en el mundo exterior. Estos estímulos son anulados por una vivencia de satisfacción (percepción de descarga) que da lugar a una percepción cuyo recuerdo queda asociado al de la excitación. La excitación buscó un drenaje en la motilidad, llanto en el caso del niño cuando está hambriento, pero sólo se logra la satisfacción por un camino diferente, tal como el cuidado ajeno. De ahí resulta otra acción, tal como chupar el seno, la cual es también una acción motivada por estas necesidades básicas y que no tiene en cuenta ni pensamientos ni afectos. Es preciso registrar esa vivencia de satisfacción y el camino por el que se llegó a ella, registro que se da a través de asociaciones de representaciones. Cuando el apremio de vida se hace de nuevo presente se querrá producir de nuevo la percepción de satisfacción, este querer es lo que llama *deseo*. La necesidad cuando no consigue una descarga directa en la motilidad desencadena el deseo. Este es la busca de una *identidad perceptiva*, algo idéntico a la vivencia de satisfacción.

El proceso psíquico cuando actúa según el *principio de placer* es totalmente independiente de cualquier consideración de la realidad. Cuando la identidad perceptiva viene del mundo psíquico el resultado puede no ser el deseable, esto es, no se alcanza la satisfacción ya que no culmina en la acción que permite la descarga. Esto sucede en los sueños y en las alucinaciones en general. Lo que hay que explicar ahora es porqué se insiste en esta vía cuando ella no culmina en el proceso de descarga. Principalmente, por qué se insiste en esta especie de autoengaño en situaciones que no son las oníricas. Las percepciones de placer y displacer regulan automáticamente la excitación dentro del sistema inconciente. El autoengaño proviene de la regencia única del principio de placer, lo que hace equivaler el deseo a su realización confundiendo fantasías con recuerdos de hechos efectivos. El modo de descarga de la excitación para estos deseos es a través de la satisfacción alucinatoria que ya señalamos y a través de los síntomas en las enfermedades psiconeuróticas. Estos últimos le permiten al sistema inconciente, que está sometido por el preconciente, una *puerta de escape* para la descarga de su excitación. Esta descarga se da en el interior, alterándolo, y en la interacción con el medio no produce modificaciones en el exterior.

Esta satisfacción no produce la misma satisfacción que la alcanzada fuera del organismo, de ese modo la necesidad perdura. Desde la imagen mnémica se dirige al mundo exterior, el cual debe ser representado por el aparato psíquico. La identidad perceptiva se debe establecer desde el mundo exterior. Esto se da de acuerdo a otro principio, el *principio de realidad*, el cual surge de las exigencias de autoconservación. El principio de realidad pide una representación del mundo exterior diferente a la representación que el principio de

placer pide de lo endógeno. El principio de realidad exige la diferencia entre percepción y representación, el de placer no.

La identidad perceptiva que viene desde el mundo exterior es radicalmente diferente de la identidad perceptiva que viene del mundo interior. Mientras la primera tiene en cuenta los signos que le envía la realidad externa, la segunda sólo tiene en cuenta las percepciones placer-displacer.

La pregunta que resta entonces es ¿cuál es la naturaleza de la relación entre la representación y lo representado? Una llave para ello es la palabra alemana que utiliza Freud, *Repräsentant*, representante, término que se utiliza en el lenguaje jurídico o constitucional. En otros escritos utiliza *Repräsentanz*, agencia representante, más abstracta (cfr. Nota 1, Strachey, pág. 108). Las representaciones psíquicas de lo endógeno tienen un carácter subrogatorio de lo representado y las leyes y procesos que determinan sus destinos no analogan los destinos de lo representado. Esta relación sustitutiva también se da entre representaciones y tiene un rol relevante en las diferentes etiologías y procesos causales oníricos. Así, no son importantes – desde la *Interpretación de los sueños* – los referentes externos de las representaciones sino cómo los procesos anímicos se despliegan. La explicación mecánica psíquica sólo pide razones de los destinos de pulsión, de su tendencia propia. El mecanismo del que se trata es uno de asociaciones y sustituciones de representaciones. El psicoanálisis es fundamentalmente exégesis de un lenguaje que habla como proceso primario y no como reflejo de contenidos. Interpretar tal lenguaje es encontrar la fuerza pulsional. La representación pulsional es constituida por la ontogénesis psíquica del individuo y de ningún modo espeja o análoga necesidades u ontogénesis orgánicas.

En la metáfora elaborada en *La interpretación de los sueños* no hay algo externo a lo interpretado que provea de significado a los sueños y a los síntomas. Estos, ya no significan deseos en el sentido de que no representan realizaciones de deseos, ellos son realizaciones de deseos. El contenido manifiesto del sueño no refleja el contenido latente, su interpretación no es así un problema referencial sino es un problema de trabajo mecánico, no de un trabajo que produzca reflejos. Un sueño no denota deseos, los realiza.

Cuando Freud habla de *representaciones cosas* no significa que hay una imagen a la que le corresponde una cosa en la realidad. Se trata de una representación que no está asociada al lenguaje conceptual. La relación de esa representación cosa con la cosa representada no es la que la hace significativa o le da valor explicativo, es su destino el que la hace relevante. Y su destino es en tanto representación e independiente de lo representado. En 1891 escribe una monografía sobre las afasias en donde utiliza los términos “representación-objeto” y “representación-palabra”, allí sostiene el origen sensorial de las representaciones objeto y lo hace siguiendo el proceso de abstracción propuesto por J.S. Mill (Freud, 1915b, XIV: 211-212). Este origen externo puede conservarse pero lo significativo es, desde la primera tópica, algo relativo a las asociaciones y sustituciones de las representaciones cosas. Gracias al enlace de las representaciones cosas con las representaciones palabras podemos acceder a las primeras. Tampoco aquí tenemos una relación referencial, las representaciones cosas no son referentes de las representaciones palabras con las que se enlazó. El enlace no es denotación. Una representación palabra no significa denotativamente una representación cosa, sino que la primera es una traducción de la segunda, ya que se trata de

dos lenguajes. Y como toda traducción es siempre incompleta, siempre se escapa una parte de sentido. Por eso el inconciente *nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta*. Pero lo que nos es dado es su realidad dinámica, porque sus contenidos son los representantes de las pulsiones y su lenguaje es el trabajo mecánico de los procesos primarios al que accedemos cuando se liga a palabras. Por ello es posible la interpretación que como una exégesis no busca algo externo a la que se interpreta. Todo el sentido está contenido en el signo, en el texto. No interesa aquí los referentes externos de las palabras sino cómo los procesos anímicos se despliegan.

4. El destino de las representaciones

La tópic nos dio el concepto de *inconciente*, la dinámica hizo posible el de *pulsión*, y ambos abren la puerta para una realidad psicológica paralela de la realidad fáctica, esto es, irreductible a la *segunda*. En segundo lugar, la pulsión como fuerza constante y lo inconciente como siempre acechando no permiten la huida como lo hacen los estímulos, de ese modo provocan una secuencia causal que tira la arbitrariedad de muchos fenómenos que hasta el momento los caracterizaba. La conexión entre necesidad, deseo y satisfacción es una conexión de representaciones que genera tensión psíquica. El proceso de drenaje de esta energía se basa en los procesos primarios a través de asociaciones. Lo que interesa es el destino de la pulsión o de sus representantes – según cómo se entienda la pulsión – a través de un trabajo mecánico y no el referente de las representaciones, posibilitando así una hermenéutica y haciendo trivial cualquier intento semanticista. Lo representado no tiene relevancia explicativa para el contenido de la representación, ya sea, según uno de los sentidos, porque no lo podemos captar o, según el otro sentido, porque lo representado es lo orgánico y en ese caso su conocimiento dista mucho de ser imprescindible para los fines de la investigación psicológica. En esta metáfora la excitación orgánica no es determinante del funcionamiento del aparato psíquico, lo determinante es el destino del representante psíquico, de la representación y del monto de afecto. Lo determinante es el proceso de descarga de esta energía psíquica, por lo que lo representado orgánico no tiene valor explicativo. Las representaciones tienen dos destinos posibles, si son concientes hacerse inconcientes y si son inconcientes permanecer así. Pero es mucho más importante el destino del monto de afecto de la representación, el cual puede ser sofocado por completo o transpuesto en angustia. De esta forma la representación puede ser reprimida pero no el monto de afecto que la acompaña.

Hay una actividad psíquica independiente de toda realidad material cuya comprensión y explicación puede ser dada en términos psicológicos solamente. Pero cuando se habla de realidad psicológica no se quiere decir que es una realidad reducida al orden de lo mental, sino que es del orden de la existencia. Tenemos la carga de algo que se ha vivido; no se trata de una experiencia efectiva, externa, sino de una representación que tiene un efecto en la persona, se trata de una representación que se vive, que se siente, que deja su marca, y no un producto de un mero trabajo intelectual. Por ello la importancia del monto de afecto que la acompaña.

5. Conclusión

Esta construcción del aparato psíquico constituyó un orden tal que permite que dos objetos ocupen el mismo lugar o un mismo objeto ocupe diferentes lugares simultáneamente. La representación subjetiva de las tensiones que vienen del interior del cuerpo sólo son posibles en un orden no euclídeo. El espacio de lo que representa es diferente del espacio de lo representado: el espacio psíquico es diferente del espacio neurológico. La dinámica de la representación es diferente e independiente de la dinámica de lo representado. La construcción de esta articulación le permitirá diseñar un nuevo escenario independiente del fáctico. El dualismo cuerpo-mente es la consecuencia lógica de esta metáfora. El trabajo del sueño lo lleva a redefinir lo psíquico. En este constructo, no interesa el origen de la energía psíquica, sino el modo en que trabaja y lo que provoca con este trabajo: sueños, síntomas. Ambos se presentan como el resultado de una conexión causal de representaciones. El espacio de la realidad física, y lo neurológico como un sustrato de esa realidad, continúan siendo pensado como euclídeo. Sueños y síntomas no son el resultado de fuerzas físicas, sino de fuerzas psíquicas, y éstas exigen la concepción de un espacio nuevo. La determinación causal eficiente del trabajo mecánico y la exégesis hermenéutica están mutuamente determinados, esto es, hay una estrecha relación entre la acción del significado y el significado.

Nota

¹ Cuando se cita de Freud, el primer número corresponde al año de publicación del trabajo, luego, en número romano, al volumen de las *Obras Completas* de la Edición Amorrortu (AE); y finalmente, el número de página en ese volumen.

Referencias bibliográficas

- Cassirer, E. (1923), *Substance and Function and Einstein's Theory of Relativity*. Chicago: Dover Publications, 1953.
- Freud, Sigmund (1950 [1885]), *Proyecto de psicología*. En: Freud, Sigmund, *Obras Completas*. 24 vols. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1996, Vol. I, pp. 323-463.
- Freud, Sigmund (1900), *La interpretación de los sueños*. En Freud, Sigmund, *Obras Completas*. Trad.: J.L. Echeverry. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1997, Vols. IV-V.
- Freud, Sigmund (1915), *Pulsiones y destinos de pulsión*. En Freud, Sigmund, *Obras Completas*. Trad.: J.L. Echeverry. Buenos Aires. Amorrortu Editores, 1996, Vol. XIV, 105-135.
- Freud, Sigmund (1915a), *La represión*. En Freud, Sigmund, *Obras Completas*. Trad.: J.L. Echeverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1997, Vol. XI, 1-52.
- Freud, Sigmund (1915b), *Lo inconciente*. En Freud, Sigmund, *Obras Completas*. Trad.: J.L. Echeverry. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1997, Vol. XI, 1-52.
- Ibarra, A., y Mormann, T. (1997), *Representaciones en la ciencia*. Barcelona: Eds. del Bronce.
- Ibarra, A.; y Mormann, T. (2000), "Una teoría combinatoria de las representaciones científicas", *Crítica*, n° 95, 3-46.